

DE LA UNIDAD DEL VERBO BASCONGADO

(CONTINUACIÓN)

Y en efecto, así sucede en el bascuence, puesto que la segunda persona la vocal *i* que por sí sola designa la persona á quien se habla, y caracteriza aquella facultad, entra asimismo en la composición de la primera *n-i*, bien sea esto debido á la casualidad, ó bien al arcaísmo y la pureza sin par de nuestra lengua, como así lo creemos nosotros. Opte el lector por el extremo que le plazca, pero dejemos consignado el hecho, que esto nos basta por ahora.

¿Qué es, pues, en este caso, la consonante *n* añadida y prefijada á la *i* y qué es lo que representa? ¿Será, por ventura, la característica á cuyo favor distinguió la lengua, el sujeto que se halla en el uso y *posesión* de la palabra, que es aquel que habla, ó sea la primera persona, de aquel otro que no se halla en el uso y la *posesión* de la palabra, cual sucede con el sujeto á quien se habla?

Hay motivos sobrados para creerlo así, si se considera que la consonante *n* es en el bascuence y lenguas turanienses la característica de sujeto poseedor por dominio y conserva este mismo signado de *posesión* en el latín; y sábelo Dios en cuántas otras lenguas sucederá lo que en el latín y el bascuence, únicas que yo conozco, y las conozco mal.

Añádase á esto que esta consonante que el niño profiere en la forma *ni, ñia, na, aña*, etc., (y esto lo saben hasta las mismas *añas*), significa en su lenguaje *mío, mio mio, á mí*, y con él pide el niño á su madre todo aquello que le parece grato y apetecible, como el pecho de que se nutre, pero dándole á entender que su personita, esto es, el

proferente del grito, es el solo dueño y el legítimo poseedor de la cosa pedida, como es también el solo dueño y el legítimo poseedor del pecho de que se nutre. De que se sigue que en nuestro lenguaje natural dicha consonante es la característica de sujeto poseedor de la persona que habla, que es la primera, ó sea del sujeto que lo profiere, que es el mismo niño.

Y esta consonante *n* es además la radical de que se halla formado el pronombre de primera persona en las lenguas habladas por todos los pueblos y por todas las razas. Consúltese en prueba de ello la lista que extractada de Astarloa copiamos en nuestros trabajos lingüísticos, y en nuestro libro *Tentativas de reconstrucción de nuestro lenguaje natural* etc. He aquí un extracto de esta lista: bascuence *ni*: algongunos é iroqueses *ni*: malabar *ni*; chiquita *ni*: china *no*: aimara *na*: mejicana *ne*: poconqui *nu*: cora *nea*: quichua *noka*: araukana *inchi*: bilela *nag*: maipura, achagua, avana *mija*: moja *nuti*: hebrea *ani*: caldea y árabe literaria *ana*: siriaca *eno*: húngaro *en*: amarica *ena*: lenguas arias *mi*, *me*, *ma*, etc., etc. Haga cada cual los comentarios que le plazca que nosotros nos atenemos á los informes que nos ha dado el estudio de la psicología infantil y fonética, que es el estudio de la psicología del alfabeto humano, el cual nos enseña con harta claridad:

Que la consonante *n* es en el lenguaje del niño el grito que anuncia el primer despertar del sentimiento de la posesión y dominio que el futuro rey de la creación cree ejercer sobre todo lo que le rodea, advertido, al efecto, por aquel maravilloso instinto que Dios depositó en su alma, y el cual le dice secretamente que el mundo con todas sus galas le pertenece, y fué hecho por su Creador en beneficio de su persona *ni*. Y pasemos adelante.

La tercera persona en el bascuence *a* (él, ella, aquel, aquella), designa la persona ó cosa de que se habla y la persona ó cosa de que se habla se distingue de aquellas otras de quienes no se habla por la *situación* que la señalamos, bien sea en nuestra mente, ó bien en el orden creado de la naturaleza, y como la situación se define siempre, y se determina por la extensión y las formas, que son las propiedades de la *materia sensible*, resulta:

Que el pronombre de la tercera persona *a* alude á la *materia sensible* que en el sujeto que habla es la palabra hablada, y en aquel á quien se habla, el cuerpo: y es lo cierto que el sujeto que habla no lo distinguimos por el alma, ni lo distinguimos por su facultad de hablar,

sino por el cuerpo *a*, en que el alma se vivifica, y por la palabra hablada *a*, en que se nos revela aquella facultad: y el sujeto á quien se habla tampoco lo conocemos por su alma, sino por su cuerpo *a*, ni le conocemos por su facultad de hablar, sino por la palabra en que se revela esta facultad.

He aquí por qué la lengua con la previsión que le caracteriza unió á los pronombres *ni* é *i*, características del alma racional y de su facultad de hablar, prerrogativas de la persona del hombre, el pronombre *a*, característica del cuerpo en que se completa el alma y la característica también de la palabra hablada en que se nos revela aquella facultad, y derivó de este modo los pronombres dobles *nia* é *ia*, que son los nombres completados del sujeto que habla, y está por esta razón en posesión de la palabra; y de aquel á quien se habla. El primero *nia* significa yo el poseedor *in actu* de la palabra y el segundo *tú, hombre* persona ó persona completada.

Añádase á lo dicho que el núcleo verbal *iz* alude á su vez á lo espiritual y suprasensible, y es por esta razón tan deficiente como *ni* é *i*, para darnos á conocer la existencia corporal y material del sujeto que habla y de aquel á quien se habla.

Por último recuérdese que el hombre primitivo hallándose más cerca que nosotros de los orígenes del lenguaje, no había perdido aún el sentido etimológico de las voces, ni había olvidado la idea que les dió su ser y su vida, y quedará plenamente justificada esta construcción que los arias y semitas heredaron de nosotros. Tiene el bascuence otras construcciones de igual índole.

En efecto, el bascuence no puede decir como el latin *homo sum et nihil humanum á me alienum puto*, ni puede decir como el castellano *hombre soy*, etc, sino que se ve precisado á decir *gizon-a naiz* (el hombre soy), etc. ¿Y sabe el lector por qué? Porque nuestra lengua no ha perdido aún la conciencia de que los indefinidos *gizon*-(*i*) etc., aluden á ese algo inmaterial que en nuestra mente se une siempre á lo material y sensible y el hombre es espíritu (*i*), y es materia (*a*); alma (*i*), y cuerpo (*a*). Y lo que es aún más chocante, no puede decir *Dios es el creador de los mundos*, ni puede decir *Dios y los fue-ros*, sino *Jainko-a da munduko egillea* (el Dios es) etc: *Jainko-a* (el Dios) *eta fueroak*, sin duda porque Dios (*i*) no sería para su criatura si no se hubiera revelado en lo sensible (*a*).

Ahora bien: las dos primeras del plural que en el presente elemen-

tal son *geu-iz* y *zeu-iz* (nosotros ser, ó somos, y vosotros ser, ó sois) se hallan en el mismo caso que las dos primeras del singular, por lo que la lengua interpuso el mismo pronombre definido entre los indefinidos *geu* contraído *gu* y *zeu* contraído *zu*, y el núcleo verbal *iz* y de esta adición se formaron *geu-a-iz* (nosotros lo somos); y *zeu-a-iz* (vosotros lo sois). Suprimió después los hiatos intercalando la letra de ligadura *r*, que tanto papel desempeña en nuestra gramática con este carácter, y suprimiendo además la *u* de los dos diptongos los transformó en *gera-iz* y *zera-iz*. Añadió á la tercera del singular de dicho tiempo primitivo el pronombre prefijo *d*, y dando á la *a* el mismo valor de atributo que tiene en las dos primeras, derivó *d-aiz*=*daiz* (él lo es), de que se sigue que contra la común opinión el pronombre prefijo *d*=él ejerce aquí los oficios de sujeto.

Unió luego á este pronombre prefijo la vocal *i* exponente de plural de las personas pasivas ó pasivas de nuestra conjugación y derivó *d-i-a-iz* y con letra de ligadura *r*, *diraiz* (ellos lo son).

Por donde se ve que el presente actual para su definitiva constitución pasó por otro transitorio que decía así:

Presente transitorio

Singular 1.^a *ni-a-iz*=*naiz* (yo lo soy); 2.^a *i-a-iz*=*aiz* (tú lo eres); 3.^a *d-a-iz*=*daiz* (él lo es). Plural 1.^a *geu-a-iz*=*gera-iz* (nosotros lo somos); 2.^a *zeu-a-iz*=*zeraiz* (vosotros lo sois); 3.^a *d-i-a-iz*=*dira-iz* (ellos lo son).

Suprimamos ahora en este presente transitorio la terminal *iz*, de las tres personas del plural, y de la tercera del singular, que sin dar mayor claridad á la expresión, antes bien, oponiéndose á ella, constituía un obstáculo serio al desarrollo de nuestra conjugación, por excelencia sintética é incorporante, y tendremos reconstruido el actual presente *naiz*, *aiz*, *da*, *gara* ó *gera*, *zara* ó *zera* y *dira*, superior al transitorio en que se ha producido, tanto por su claridad, concisión y eufonía, como por su fortaleza y solidez, cual así lo prueba el hecho auténtico de haber atravesado tanto número de siglos sin sufrir alteración ninguna, ni cambiar apenas una sola letra.

VICENTE AGUIRRE.

(Se continuará)